

raelitas verdaderos, tenían interés en saber los estatutos que habían regido en el templo. Estos fueron los motivos que impulsaron á los judíos á renunciar á su antigua y respetada costumbre de fiar la conservacion de los usos sagrados á la tradicion verbal.

Probablemente no uno, sino muchos y diferentes individuos se sintieron impulsados á escribir los usos del culto; ni se puede juzgar por los apuntes conservados, los que se han perdido, ni tampoco poseemos intactos los que se han conservado, sino que están incluidos como partes del gran código sacerdotal y fundamental escrito en el destierro (1). Estos apuntes han llegado á nosotros despues de haber sufrido un arreglo desde el punto de vista del código sacerdotal, pero solo en cuanto pareció indispensable á los arregladores; y como nada dicen ni del tabernáculo ni de los descendientes de Aaron, es fácil distinguirlos en todos los pasajes en que solo se habla del sacerdote sin mencionar á Aaron ni á sus descendientes, y del laico sacrificando al lado del sacerdote en presencia de Jehova, además de otros indicios que no hay que explicar aquí.

Muchas de estas codificaciones de antiguos usos religiosos, que á veces datan de tiempos remotísimos y recuerdan usos africanos, por lo cual constituyen la parte mas preciosa de la tradicion antigua, formaron parte de una coleccion hecha en el destierro y que comprende tambien trozos que enumeran los deberes morales y civiles que deben cumplirse por amor á la santidad de Israel (2). Esta coleccion suele llamarse hoy la «ley de santidad» (3); pero no se ha conseguido todavía resultado alguno positivo de los estudios relativos á la parte de ella que, incluida en el código sacerdotal, se encontró en otro tiempo en la ley de santidad. Es evidente que el redactor de esta ley de santidad era un sacerdote adepto de Ezequiel, pero por razones que resultan de todo lo dicho hasta aquí, es completamente errónea la suposicion de ser el mismo Ezequiel el redactor.

El contenido del Deuteronomio en su forma presente demuestra que el trabajo literario que sobre él se hizo continuó paralelamente con los trabajos relativos á la ley de santidad. Ya hemos dicho en la primera parte que algunas de las del Deuteronomio no podían ser anteriores al tiempo del cautiverio de Babilonia, y además estas y otras partes sufrieron luego los arreglos hijos de la literatura nomográfica del destierro; pero sobre esto apenas se han principiado las investigaciones críticas.

Esta literatura nacida en el destierro continuó hasta despues del destierro, por lo menos en cuanto al arreglo de los usos y prácticas consignadas en Babilonia á la manera del Deuteronomio; y los postreros trabajos en este sentido fueron las manifestaciones literarias que tuvieron por resultado la conclusion del Pentateuco.

CAPÍTULO VII

EL DEUTERO ISAÍAS Y CIRO

Hacia poco mas de una generacion que los judíos expatriados se hallaban en Babilonia, cuando se manifestaron las primeras señales precursoras de un gran cambio en la posicion relativa de los pueblos é imperios del Asia, cambio que

(1) Véase la primera parte. Entre los usos sagrados anteriores al destierro y admitidos en el código sacerdotal indicaremos solo como muestra los trozos del Levítico, 1-7. 11-15. 17-26; Números, 5. 6. 9. 15. 19, etc.

(2) Lev., 18 y siguientes.

(3) Este nombre le fué dado por Klostermann en el periódico *Lutherische Theologie und Kirche*, 1877, pág. 416.

tuvo para el pueblo judío la consecuencia de facilitarle el regreso á su patria y la reorganizacion modesta de su nacionalidad. Los persas, sometidos hasta entonces á sus afines los medos, y apenas conocidos fuera de su país, se hicieron dueños del imperio medo. Ciro, rey de los persas, en persa Kurusch, y uno de los grandes capitanes mas capaces que ha producido el Asia en la antigüedad, venció con el apoyo y la traicion de Harpagon al rey Astiages de Media; tomó á Ecbatana, la capital; ocupó en 550 el trono de los medos; y en los diez años siguientes ó poco mas, su talento guerrero y la torpeza de sus contrarios le hicieron dueño del Asia Occidental.

Lidia y Babilonia, que en union con la Media habian derribado en otro tiempo el imperio asirio, descuidaron esta vez el momento oportuno de intervenir, probablemente con la intencion de dar tiempo á Ciro de debilitar ó de destruir el imperio medo, que les molestaba, si bien debian de estar muy léjos de sospechar que Ciro fuese el conquistador formidable que luego resultó. Tambien pudo ser que la Lidia, que con su rey Creso se hallaba entonces en el apogeo de su poder, creyera conveniente dejar correr los sucesos, temiendo precipitarse sin necesidad, ya que Babilonia, bajo el mando de los sucesores ineptos de Nabucodonosor (que habia muerto en 561), habia menguado mucho en consideracion é importancia. Evilmerodac, hijo y sucesor de Nabucodonosor, y que segun el testimonio de Beroso fué un monarca arbitrario y sin talento, cayó en el año 559 víctima de una conspiracion á cuya cabeza estaba Neriglisor, el esposo de su hermana. Neriglisor reinó cuatro años, desde 559 hasta 556 ó 555, y dejó á su muerte un hijo de menor edad que fué asesinado á los nueve meses de su reinado. Sucedióle Naboned (llamado por Herodoto «Labinet»), el cual miró impasible cómo los persas se hacian dueños del imperio medo, y esto le costó luego su propio imperio.

Los antiguos aliados de la Media, cuando vieron destruido á Astiages y tomada Ecbatana por Ciro, se decidieron á marchar contra el conquistador. Esta resolucion partió al parecer de la Lidia, cuyo rey Creso se habia convencido del peligro que le amenazaba, porque se puso de acuerdo no solamente con el rey de Babilonia, sino tambien con el de Egipto y con Esparta; mas parece que el rey de Babilonia le auxilió muy débilmente, y que el auxilio de Egipto y de Esparta llegó tarde. La lucha entre Creso y Ciro fué corta; Creso, despues de haber sufrido una derrota en Capadocia, se replegó sobre su capital Sardes, probablemente para emprender desde allí al año siguiente una nueva campaña con mayores fuerzas; pero no contó con el ardor impetuoso de Ciro, el cual le siguió, arrolló su ejército delante de Sardes, y á pesar de su resistencia y de la defensa de la ciudad, tomó ésta por asalto é hizo prisionero al rey en el año 547 ó 546.

Los judíos de Babilonia debieron de experimentar gran zozobra y tener fija su vista en la lucha de estos grandes imperios, sin sospechar la mayor parte de ellos la suerte que les estaba reservada en el resultado final. Al parecer, la mayoría no esperaba el fin que tuvo la lucha decisiva entre Ciro y Babilonia. Se comprende su incertidumbre si dirigimos la vista á la Grecia, donde los pueblos no volvieron sino poco á poco de su sorpresa, pues nadie habia dudado de que la Lidia, con su excelente, numeroso y bien pertrechado ejército, daría pronto cuenta de los persas, bárbaros, criados entre sus manadas de caballos silvestres. Por eso los griegos habian contado con su parte del botín y hasta la pitonisa se habia hecho intérprete de la opinion general. La consternacion de los Estados griegos se mostró bien clara en su conducta atolondrada: los espartanos enviaron una embajada á Ciro; las ciudades del Asia Menor se dejaron vencer aisla-

damente, en lugar de unir sus fuerzas por mar y tierra y hacer frente al conquistador; y á todos estos sucesos asistieron sin moverse los Estados griegos antiguos, facilitando así á los persas la invasion que posteriormente dirigieron contra su propio país. Cada nueva victoria de Ciro aumentó su importancia á los ojos de los griegos.

Pero Jehova, que habia hecho explicar lo pasado por sus profetas, haciéndoles interpretar los sucesos históricos generales, presentó á la sazón á su pueblo un varon nuevo, que imbuido en las profecías que le habian hecho comprender la historia de Israel, anunció al pueblo israelita su porvenir. Este varon vió en Ciro el salvador del pueblo judío, el que estaba destinado á derrumbar el imperio de Babilonia, el que habia de ensalzar el nombre de Jehova ante todos los pueblos y facilitar así el advenimiento del reino mesiánico. Ninguna tradicion ha conservado el nombre de este varon insignificante, que como ningun otro profeta anterior predicó y proclamó la grandeza de Jehova, el Dios sin rival, y la mision universal de Israel. Y sin embargo, este varon, con Ezequiel, fué en la época del destierro el que mas hizo para el desenvolvimiento del pueblo judío y del judaismo, cuya vida religiosa posterior en todos sus puntos esenciales le reconoce por su genio y su alma. Ezequiel fué el genio del culto judaico del porvenir por sus esperanzas mesiánicas y sus estatutos; pero al genio ignoto de que hablamos debió el judaismo su idea de Dios y el carácter universal de sus esperanzas mesiánicas; y lo que es infinitamente mas importante, la piedad y confianza en Dios de este varon sirvieron de fuente salúfiera á las almas religiosas abatidas, que en los siglos posteriores no encontraban suficiente consuelo en los códigos relativos al culto. Esta religiosidad espiritual que se trasluce frecuentemente en los Salmos, introdujo en el judaismo aquella corriente religiosa que se opuso á la osificación de la ley y sin la cual jamás habria aparecido el cristianismo. Tan importante es, pues, este varon para la historia del pueblo judío, que ha sido preciso para hablar de él buscarle un nombre convencional; y entre los muchos nombres propuestos parece generalizarse el de Deutero-Isaías, que es el que adoptaremos tambien en esta obra (1).

(1) El nombre de Deutero-Isaías no prejuzga nada, si con él se designa pura y simplemente al autor de la segunda parte principal del Libro de Isaías, sin querer dar á entender que se llamara tambien Isaías, cosa enteramente inverosímil, ni menos significar un pseudo-Isaías, suposicion que denotaría poco conocimiento. Atribuyese hoy generalmente á este Deutero-Isaías los capítulos 40 hasta el 66 del Libro de Isaías, siendo cosa admitida desde fines del siglo pasado por todos los hombres de ciencia que estos capítulos nada tienen que ver con el profeta Isaías, el contemporáneo de Ezequías, pues son en su esencia debidos á un profeta que vivía en los últimos tiempos del destierro. Algunos trozos sin embargo no se ajustan á esta época, probablemente á consecuencia de arreglos posteriores hechos con el objeto de enlazar estos escritos con los de Isaías; y tambien pueden ser intercalaciones de trozos extraños, aunque productos de la misma época ó de épocas anteriores. No hay que pensar en la reproduccion de trozos antiguos por el mismo Deutero-Isaías, que para esto es demasiado original y enérgico en sus descripciones. Todas las tentativas de buscar la patria de este autor fuera de Babilonia han sido infructuosas, y en general falta mucho para que estén dilucidadas muchas cuestiones relativas á estos escritos. Probablemente son de otro autor los cap. 56, 9, y 57, 13. Los cap. 58, 13-59, 21, no se ajustan al contexto. Tambien origina escrúpulos el cap. 62, ni pueden atribuirse al autor los cap. 63-66, por lo menos en la forma que hoy tienen, no obstante sus relaciones innegables con el cap. 40 y siguientes. Cuando menos, es preciso admitir que los cap. 65 y 66 sufrieron un fuerte arreglo, sobre todo hacia el fin. Lo que aumenta además las dificultades es que el texto de toda esta parte del libro ha llegado á nosotros muy mal conservado; y aunque Lagarde y Klostermann han podido restablecer algunos pasajes defectuosos, falta todavía muchísimo que hacer. Todo esto dificulta en extremo la exposicion de la teología del Deutero-Isaías; y la que se expone en lo que sigue tiene por base lo que se da por probado y seguro, dejando á un lado, en cuanto ha sido posible, todo lo que se presenta dudoso.

No es este Deutero-Isaías un profeta por el estilo de los antiguos, y si aquí le designamos con el nombre de profeta es por causa de la brevedad. No le faltó pueblo al cual pudiera haberse dirigido como mensajero de Jehova, porque á pesar de la expatriacion los judíos continuaron considerándose como pueblo, y Deutero-Isaías habla siempre al pueblo, y le habló verbalmente, pues solo en esta suposicion son inteligibles sus discursos conservados por escrito. Pero le faltó la conviccion de los profetas antiguos de haber recibido el espíritu de Dios para hacer ver á Israel sus pecados, y de ser mediador entre Israel y Jehova. No por eso deja de tener Deutero-Isaías una mision especial: la de anunciar á Israel la conclusion de su castigo, y ser mensajero de la paz; pero siempre se conoce claramente que esta mision no la cree tener por encargo directo de Jehova ni por un impulso inconsciente, sino porque á fuerza de reflexionar sobre Jehova é Israel, sobre los escritos de los profetas, sobre toda la literatura sagrada, y sobre los sucesos de su época, ha adquirido una conviccion profunda respecto del porvenir de Israel y de su propia mision. Dejando á un lado la fe y hablando solo de su teología, resulta ser este varon un genio que recibía sus impulsos del exterior, como ya lo demuestra su tendencia al sarcasmo. Solo se presenta de una manera original cuando pinta á Jehova como director cariñoso y fidelísimo del pueblo de Israel y de cada uno de sus individuos, y cuando pasa á fundar en esto la fe y confianza en Jehova, así como su omnipotencia. Para enaltecer los beneficios que Jehova dispensa á su pueblo, usa este autor de expresiones conmovedoras; para pintar la omnipotencia de Jehova nos sorprende con imágenes grandiosas, y para fortalecer la confianza en Dios encuentra palabras que hablan directamente al corazón. Por este mismo carácter, los discursos de este varon no se presentan como los de los profetas anteriores al destierro, que empezaban por excitar á la penitencia y concluían anunciando las promesas para el porvenir. Los discursos de Deutero-Isaías amplifican á menudo largamente lo que ya se ha dicho, pero empiezan con el anuncio de la próxima salvacion fundándola en la esencia de Dios y en la historia de Israel, al mismo tiempo que rechaza con dialéctica superior las objeciones de los contrarios. A todo esto añade una imaginacion vivísima y al parecer una exquisita sensibilidad que quizás explica por qué desarrolla este autor simultáneamente dos ideas contrarias, sin notar su contradiccion y sin sentir ninguna necesidad de explicarla. Todo esto hace que, si bien se comprenden en sus relaciones los sucesos y condiciones de vida del pueblo de su época, no se presentan con tanta claridad, ni tan palpablemente como en los profetas anteriores al destierro. Las explicaciones de Deutero-Isaías son mas abstractas y mas generales, lo que dificulta por otro lado mucho la separacion de lo que en el texto pertenece á este profeta y lo que no es suyo. Bajo todos estos conceptos, los escritos de este autor forman la transicion de la literatura anterior á la de los profetas posteriores al destierro. El Deutero-Isaías tiene tambien con estos últimos de comun que conoce bien á los autores antiguos y es el primero que da pruebas de conocer aquellos restos de la literatura anterior al destierro que despues formaron la parte principal del Pentateuco posterior.

Los discursos que pueden ser atribuidos con seguridad á Deutero-Isaías corresponden al tiempo que medió entre el ataque de Ciro á Creso, la caída de este último y la guerra de los persas contra las ciudades griegas del Asia Menor. El profeta, poseído de confianza y de alegría, anuncia con la elocuencia convincente de la fe y en formas variadas, pero animadas del mismo espíritu, que ha sonado la hora de la liberacion, que Dios vuelve á amparar á su pueblo y que lo

á sus fines (cap. 49, 1 y siguientes); pero recibe su sentido completo desde que Israel predica á todos los pueblos la religion de Jehova, como se la predicán á él los profetas. El título de siervo de Jehova se funda en primer lugar en la mision profética del pueblo de Israel: en cuanto á su mision histórica, no fué fundar un poderoso imperio, sino predicar sin ruido la nocion de Jehova; para esta mision lo creó Dios: «Hé aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, (en quien) mi alma toma contentamiento: he puesto sobre él mi espíritu; dará juicio (enseñará el derecho de Dios) á las gentes. No clamará, ni alzará, ni hará oír su voz en las plazas. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare: sacará el juicio á verdad (hará conocer el verdadero derecho). No se cansará, ni desmayará, hasta que ponga en la tierra juicio, y las islas esperarán su ley,» (cap. 42, 1-4). Por esto es Israel «alianza del pueblo, luz de las gentes, para que abras ojos de ciegos, para que saques de la cárcel á los presos y de las casas de prision á los que están de asiento en tinieblas» (1). (Cap. 42, 6, 7.) El juicio (derecho, *mischa* en hebreo) y la explicacion (la *lora* en hebreo) designan los dos objetos principales, es decir: el uso admitido como ley, y el culto, esto es, su conocimiento, y ambos ponen el sello á los sermones de los profetas, y á las ideas que los profetas profesan y predicán tocante al derecho ó á la ley y al culto verdadero. Las ideas de los profetas son el bien y la salvacion que prepara Israel para todos los pueblos; pero no se piensa en expresarlas en una ley. En este punto se observa un modo de ver muy diferente del de Ezequiel.

No piensa Deutero-Isaías en sus discursos que represente al siervo de Jehova una sola persona, ni menos una parte determinada del pueblo, la parte escogida, la mas creyente en las palabras de los profetas, pues en muchos pasajes designa claramente con el nombre de siervo de Jehova á toda la nacion fundada por Jehova, y la llama Israel ó Jacob (capítulo 41, 8, etc., 44, 1, etc., 21, 49, 3). Verdad es que en los famosos cap. 52, 13 y 53, 12, en que trata de la pasion, muerte y gloria futura del «siervo de Jehova,» pinta á éste como un individuo determinado, pero esta es una imagen general, una figura, pues los rasgos diferentes de esta imagen no pueden aplicarse á un mismo individuo. En efecto, el mismo siervo, por ejemplo, que ha sucumbido á consecuencia del mal trato y que ya no se cuenta entre los vivos, resucita y recibe su parte del botin; y como en aquella época no existia todavía ni remotamente la idea de la resurreccion personal, resulta evidente que todo se ha de entender en sentido figurado. En cambio se puede interpretar todo perfectamente aplicándolo al pueblo en su conjunto; el siervo muerto es el Israel del destierro, á quien cree tambien muerto Ezequiel y á quien Dios volverá á la vida (2). Es, pues, completamente inverosímil que Deutero-Isaías pensara al escribir este trozo en algun individuo, algun profeta antiguo, como Jeremías, muerto en el cumplimiento de su mision. No es menester ir tan lejos para comprender esta alegoría, y al mismo tiempo se comprende que la profecía mesiánica del mismo trozo se refiere únicamente á la glorificacion venidera del pueblo de Israel (3).

(1) Quiere decir los paganos, que serán convertidos y salvados.

(2) En esta imagen de Israel difunto y resucitado se pinta bien la diferencia de genio entre Ezequiel y Deutero-Isaías. Este se sirve de esta imagen como una alegoría poética sentimental del pasado de Israel y de sus sufrimientos para cumplir con su mision, mientras para Ezequiel es una comparacion para dar una idea de la omnipotencia de Dios.

(3) En vista de que en muchos pasajes del libro del Deutero-Isaías este profeta comprende bajo el nombre de «siervo de Jehova» una colectividad, los partidarios de la opinion de que el profeta alude con este nombre á una persona determinada, se ven precisados á formar como dos listas de este nombre, una que comprende los pasajes en que el pro-

Tambien se puede entender bajo el título de «siervo de Jehova» la parte del pueblo que cumple los preceptos y cree á los profetas, pues que otra parte del pueblo es calificada por Deutero-Isaías frecuentemente de impía é impenitente. Además este profeta, en el trozo en que habla del «siervo de Jehova,» le representa como muy diferente del resto del pueblo, porque dice de él (cap. 53, 4): «Ciertamente él padeció nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios, y abatido. Mas herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz (4) cayó sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.» El pueblo mismo de Israel parece ser el pecador á quien el buen siervo está encargado de convertir; y porque es poco para él conducir de nuevo á Israel al conocimiento y amor de Jehova, Jehova le ha destinado á ser luz de los gentiles (cap. 45, 5, 6). No obstante es arriesgado interpretar estos pensamientos de Deutero-Isaías en el sentido de haber querido presentar en frente de la masa pecaminosa del pueblo, la parte piadosa y creyente, porque seria preciso dar á una misma palabra sentidos muy diferentes. Quizás se prestan á las palabras del profeta intenciones que no ha tenido, y para no caer en este error será menester buscar otra solucion á esta dificultad. Esta solucion se encuentra si nos atenemos al hecho de que todas las ideas de Deutero-Isaías tienen su origen en el recuerdo del pasado del pueblo de Israel. Entonces advertimos sin dificultad que el profeta al recordar el pasado de su pueblo fija su atencion unas veces en la idea cuya realizacion incumbia á Israel y á cuyo servicio debia haberse dedicado, y otras veces en lo que este pueblo ha hecho realmente. De esto nacen en el autor dos maneras diferentes de considerar á Israel, el Israel ideal y el material y real; el primero ha proclamado á Jehova, ha predicado acerca de él y ha cumplido con la mision á la cual fué destinado desde su origen, y para la cual fué dotado de cualidades especiales (cap. 49, 1, 2; 50, 4 y siguientes). Este Israel puede mirar la destruccion de su reino y el destierro como pruebas y penas que sufre el siervo por los demás, quien ha trabajado en vano, cuya recompensa está en Dios (cap. 49, 4) y que pronto será glorificado. El Israel material, real y verdadero apenas ha correspondido al objeto para el cual Dios lo creó: no ha escuchado á Jehova, ha sido impenitente, de cerviz de hierro y de frente de bronce; ha recibido las profecías de Jehova, pero no le han separado de sus ídolos (cap. 48, 3, 4); no ha querido oír ni comprender, ha cerrado adrede sus oídos, y Jehova no ignoró que este pueblo era desleal é infiel. Este Israel ha sido rebelde desde su origen (desde el seno de su madre) (cap. 48, 8). De este Israel real y verdadero, el Israel histórico, habla Deutero-Isaías cuando dice (cap. 42, 19): «¿Quién (es) ciego sino mi siervo? ¿Quién (tan) sordo como el mensajero que envié?» Ha visto grandes milagros y ha oído muchas profecías, sin hacer caso, y por sus pecados será confundido. (Cap. 42, 20, etc.). Este Israel no ha invocado á Jehova, no se ha dirigido á Dios, sino que le ha apesadumbrado con sus pecados y le ha hecho padecer con sus iniquidades, como pecó ya su primer ante-

feta alude al supuesto individuo determinado y otra en que el autor alude á una colectividad, lo que es ya por sí solo una prueba de que estos autores parten de una suposicion equivocada. La iglesia antigua vé en el último trozo una predicacion alusiva á la pasion y muerte del Mesías y toma lo relativo al pasado de Israel por una predicacion de la suerte que aguarda al futuro rey mesiánico. Esta manera de forzar el sentido del pasaje es la consecuencia de la manera típica de interpretar alegóricamente, manera que la iglesia antigua heredó de la sinagoga, y solo aquellos que creen aceptable y justo este método exegético pueden con algun derecho tomar el trozo desde el cap. 52, 13, hasta el capítulo 53, 12, por una profecía aplicable al Mesías.

(4) El castigo que fué nuestra salvacion y paz.

pasado (cap. 43, 22-27). Sobre este Israel ha derramado Dios su ira (cap. 42, 25), lo ha anatematizado y ha profanado sus reyes (cap. 43, 28), y lo ha vendido por sus maldades (cap. 50, 1, 52, 3) ó lo ha pasado por el crisol de la miseria (cap. 48, 11). Se ve que aquí continua el profeta la manera de pensar de Ezequiel, que hemos señalado en las primeras páginas de esta parte segunda.

Estas dos maneras que Deutero-Isaías presenta de considerar ya la historia real de Israel, ya la mision que Jehova ha impuesto á su pueblo, es decir á su siervo, dan á esta imagen visos cambiantes, y esto explica la otra contradiccion que se observa en los discursos de Deutero-Isaías respecto de la manera de libertar á Israel, pues unas veces hace obrar á Jehova como pretendian los antiguos profetas y á imitacion de ellos Ezequiel, y otras veces le atribuye motivos que Deutero-Isaías saca de su interpretacion de la historia de Israel.

Para el siervo que ha trabajado en vano Dios le reserva, por recompensa, la liberacion próxima y su glorificacion despues de los padecimientos soportados: «El Señor Jehova me dió lengua de sabio, para saber sostener con la palabra al cansado; despertará de mañana; de mañana levantará mis oídos, para que oiga como maestro. El Señor Jehova me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni retrocedí. Entregué mi cuerpo á los que me golpeaban y mis mejillas á los que me abofeteaban; no escondí mi rostro de los que me injuriaban y escupian; el Señor Jehova me auxilió, por tanto no me averguenzo; por eso puse mi rostro como duro pedernal, y sé por qué no seré avergonzado. Cerca está el que me justifica; ¿quién me contradice? Que venga: ¿quién es el adversario de mi causa? Acérquese á mí. El Señor Jehova me da su ayuda: ¿quién hay que me condene?» (Cap. 50, 4, 9.) El Israel espiritual ha pagado la pena por el Israel material, cuyos pecados quedan expiados. Con un pensamiento semejante empieza Deutero-Isaías su sermón. Ha concluido la servidumbre de Jerusalem «porque ha recibido doble de la mano de Dios por todos sus pecados,» como habia profetizado Jeremías (cap. 16, 18).

Israel y Jerusalem llegan á ser el centro del mundo á la vista de las naciones. Siempre habian sido el centro de la humanidad, aunque no se reparara en ello; pero solo cuando así se reconoce y cuando Jehova se revela tan gloriosamente, Israel y Sion reciben lo que les pertenece de derecho.

Por otra parte, Deutero-Isaías amplia la idea de Ezequiel, de que Jehova por su propio honor y por su iniciativa, viendole «su nombre continuamente blasfemado» (cap. 52, 5), quiere libertar á Israel y reedificar á Jerusalem. Este concepto á la manera de Ezequiel solo se explica en Deutero-Isaías suponiendo que en su mente ha pasado á segundo término la imagen del siervo que espera su glorificacion de la justicia de Jehova, y que ocupa el primer término la rebeldía del Israel del destierro á la voluntad de Jehova. Así dice en el capítulo 43, 25: «Yo, yo (soy) el que borro tus rebeliones por amor de mí, y no me acordaré de tus pecados,» y en el cap. 48, 9-11: «Por amor á mi nombre alejaré de tí mi furor, y para alabanza mia te daré tiempo para que no perezcas. Yo te he purificado, pero no como á la plata. Te he escogido en horno de pobreza. Por mí, por amor de mí, (lo) haré, para que no sea mancillado (mi nombre), y mi honra no la daré á otro.»

Esto explica por qué Deutero-Isaías al excitar á los judíos á tomar de la mano de Jehova su salvacion, los exhorta tambien á arrepentirse y á hacer penitencia, mientras por otro lado confiesa que este mismo pueblo busca solícito á Jehova (cap. 58, 1, etc.) (1). Estas dos ideas que ocupan la mente de

(1) Este mismo pensamiento podria encontrarse en el cap. 59; pero

Deutero-Isaías explican por qué unas veces excita á los ex-patriados á convertirse, y otras veces les anuncia que Jehova ha borrado la culpa y ha libertado á Israel (cap. 44, 22), y que está cerca con su auxilio (cap. 55, 6). La exhortacion del Nuevo Testamento: «Haced penitencia porque cerca está el reino del cielo,» vino aquí por primera vez á reemplazar á la voz de los profetas antiguos: «¡Haced penitencia, porque el juicio está cercano!»

El hecho singular de que en los sermones de Deutero-Isaías figuren estas dos ideas á manera de dos corrientes paralelas, la de la salvacion de Israel por la pura gracia de Dios y la de la salvacion que será efecto de los merecimientos del Israel espiritual, el siervo de Jehova, dos ideas que se excluyen mutuamente, exige una explicacion, y ésta se encuentra admitiendo que ambas giran al rededor de una idea principal que domina á este profeta, á saber: la de la revelacion de la gloria de Jehova á la vista de toda la humanidad por la grande obra de la liberacion de Israel, conducido sano y salvo á su patria despues de haber atravesado otro desierto (cap. 40, 5). Entonces todo el mundo proclamará la fama de Jehova y le tributará el honor que le corresponde (cap. 42, 10, etc.); hasta las esferas celestiales trascenderá el júbilo de este acto de salvacion (cap. 44, 23); y así como desde un principio Jehova llamó á su siervo á fin de que en él se manifestara en su día toda su gloria (cap. 49, 3), del mismo modo Dios quiso que el nuevo Israel fuese obra suya para que por él fuese su gloria proclamada (cap. 60).

Sobre esta idea capital, de que Jehova derriba por medio de Ciró el imperio babilónico para demostrar á los ojos de todas las naciones su poder y gloria, se basa la esperanza de Deutero-Isaías en el porvenir y se funda, á la manera de los profetas antiguos, su concepto de la historia de Israel. Siguiendo esta corriente de pensamientos va mas allá de Ezequiel, cuyas ideas hemos expuesto en parte é iremos exponiendo todavía. Esto explica los diversos matices de los discursos de Deutero-Isaías, que por lo mismo presentan rarisima vez los perfiles marcados que encontramos en los escritos de los profetas antiguos.

Si la intencion de Jehova era que su pueblo predicara «las leyes y el derecho,» es decir, la religion de Jehova como la entendian los profetas, y si el Jehova de los profetas y de la historia es el Dios único, creador del cielo y de la tierra, su glorificacion, para la cual ha llamado del Oriente á Ciró, no puede consistir sino en ser reconocido por todas las naciones como Dios único, en que el pueblo de Israel sea mirado como su siervo, en el cual se glorifica, y en que todos los pueblos le adoren y se dejen convertir por aquel su siervo. Si esta es la intencion de Jehova respecto de los pueblos de la tierra, puede decir el profeta que estos pueblos aguardan la *lora* (cap. 51, 4, 5). Al librar Jehova á Israel de la servidumbre, da prueba de que «no cede su gloria á los ídolos,» (cap. 42, 8), y toda la carne conoce que él es el salvador y el redentor (cap. 49, 26).

Por esto espera Deutero-Isaías del triunfo de Ciró no solamente la destruccion del imperio babilónico y la liberacion de Israel, sino tambien el derrumbamiento de todo el paganismo y la conversion de todos los pueblos al único Dios Jehova. La caída de Belo y de Nabo (cap. 46, 1) es mas importante para este profeta que la ruina del imperio babilónico, de que eran protectores, y al cual dedica en el cap. 47

es difícilísimo atribuirlo á Deutero-Isaías, sin contar que entre los versículos 15 y 16 hay una solucion de continuidad que ni el v. 20 puede enmendar. Todo este capítulo corresponde mucho mejor al tiempo posterior al destierro. No se armoniza con las ideas de Deutero-Isaías que el juicio se dirija brusca y directamente contra el mundo pagano, y no contra la comunidad judía.

restituirá á su país; y para anunciar esta buena nueva le ha llamado Jehova. Al mismo tiempo se dirige á los demás profetas sus colegas, excitándoles á unirse á él para consolar al pueblo y exhortarlo á que se acoja á la gracia divina. «Consolad, consolad á mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazon de Jerusalem; decidle á voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado está perdonado: que doble ha recibido de la mano de Jehova por todos sus pecados.» (Capítulo 40, 1 y siguientes.) Así principia Deutero-Isaías sus profecías de muy opuesta manera que las empezaron los profetas anteriores al destierro.

Para este Deutero-Isaías, el capitán victorioso Ciro es el instrumento de que Dios se sirve para ejecutar su designio libertador; la marcha triunfante de Ciro es una manifestación de la gloria de Jehova, pues Jehova predijo que sería él quien le guiaría. «Que llamo desde el Oriente al ave y de tierra lejana al varón de mi consejo.» (Cap. 46, 11.) «Del Norte (lo) desperté, y vendrá; del nacimiento del sol llamaré en mi nombre: y pisoteará príncipes (sátrapas) como lodo y como pisa el barro el alfarero.» (Cap. 41, 25.) Hasta da Deutero-Isaías á Ciro el título honorífico de amigo (pastor) y de ungido de Jehova, porque realiza la voluntad de Dios de restaurar á Israel y de hacer posible el cumplimiento de sus esperanzas mesiánicas: «Yo llamo á Ciro mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, y digo á Jerusalem: Serás edificada, y al templo: Serás fundado.» (Cap. 44, 28.) «Así dice Jehova á su ungido Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar gentes delante de él, y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán. Yo iré delante de tí, y enderezaré las tortuosidades; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos; y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo (soy) Jehova, el Dios de Israel, que te pongo nombre (te llamé por tu nombre).» (Capítulo 45, 1-3.)

Surge la cuestion de averiguar de dónde vino á este hombre del destierro la convicción de que el conflicto inevitable entre Ciro y el imperio de Babilonia tendría por consecuencia dar al pueblo judío la libertad, y que Ciro en todo esto no sería mas que el ejecutor de las disposiciones tomadas por Jehova á favor de su pueblo. Esto no tiene mas explicación que la firmísima fe de este profeta en la dirección de los destinos de Israel por mano de Jehova. Esta fe se robusteció, por lo menos, ya que no le fuese inspirada, por su meditación sobre las profecías anteriores, las cuales le hicieron comprender los propósitos de Jehova respecto de Israel, y del porvenir que Jehova le tenia destinado; y así dice el capítulo 42, 9: «Los sucesos primeros ya pasaron; pero yo anuncio cosas nuevas; antes que ocurran, yo os las haré notorias.» Es decir, que todo el mundo de ideas del Deutero-Isaías, y de consiguiente también su esperanza en el porvenir, son exclusivamente resultado de su criterio acerca del pasado de Israel recordado por los profetas. Una vez entendido esto, se comprende á este profeta en un todo.

Dos fueron los resultados fundamentales que dedujo Deutero-Isaías de sus meditaciones, á saber: que el Dios y el pueblo de Israel eran el centro del mundo y de la historia. Su idea de Dios se ha engrandecido: Dios es el señor del mundo y de cuantos seres sobrehumanos veneran los pueblos; y su idea del pueblo de Israel se ha engrandecido al mismo tiempo porque Jehova le ha confiado una misión que Israel cumplirá en bien de todos los pueblos. Convencido de que Jehova es el inmutable director de la historia, «el que llamó á las generaciones desde el principio, el que fué con los primeros y con los postreros» (cap. 41, 4), solo podía ver en la aparición de Ciro la mano de Jehova. La transformación

del concepto de Dios, de la cual hablamos al principio de esta parte, estaba realizada en Deutero-Isaías. Jehova, reconocido como el Dios de las profecías, había llegado á ser por lo mismo sucesivamente el Dios que rige los destinos de las naciones, el Dios único, el Dios creador y sostenedor del mundo; á él se atribuye cuanto en este mundo se observa de fuerzas sobrehumanas, y todos los demás seres celestiales ó divinos que el mundo venera quedan por lo mismo reducidos á nada.

Jehova es el creador del cielo y de la tierra; Jehova ha hecho saber desde el principio del mundo por la boca de los profetas sus intenciones á su pueblo, y ha probado ser con esto el que rige los pueblos y la historia; estas son las dos corrientes de ideas que forman los discursos de Deutero-Isaías. «Así dice Jehova, tu Redentor y Creador desde el vientre: Yo, Jehova, soy el que te hago todo: yo extiendo los cielos, y extiendo la tierra por mí mismo; yo deshago las señales de los adivinos, y enloquezco á los agoreros; yo hago retroceder á los sabios, y desvanezco su sabiduría; yo suscito la palabra de tu siervo y cumplo el anuncio de sus mensajeros.» (Cap. 44, 24-26.) «Porque así dijo Jehova, que creó los cielos: El mismo, el Dios que formó la tierra, el que la hizo y la compuso, no la creó para nada; para que fuese habitada la creó. Yo soy el Señor, y no otro. No hablé escondido en lugar tenebroso de la tierra (1); no dije á la generación de Jacob: En vano me buscais. Yo soy Jehova que hablo justicia, que anuncio rectitud.» (Cap. 45, 18 y 19.)

Ambas ideas convergen en el concepto de un Dios único con el cual ninguno de los dioses paganos puede ser comparado (2); y el profeta pide á los dioses paganos que prueben que su causa no está perdida sin remedio: «Alegad razones en favor de vuestra causa, dice Jehova; escribid vuestros fundamentos, dice el rey de Jacob. Vengan, y anunciennos lo que ha de suceder: dígnanos lo que ha pasado desde el principio, y pondremos nuestro corazon (en ello): sepamos también su postrimería, y hacednos entender lo que ha de venir. Dadnos nuevas de lo que ha de ser despues para que sepamos que vosotros (sois) dioses; ó á lo menos haced bien, ó mal, para que tengamos que contar, y juntamente nos maravillemos. Hé aquí que vosotros (sois) de nada y vuestras obras de vanidad: abominación (es el que) os escogió.» (Cap. 41, 21-24.)

En los escritos de Deutero-Isaías es, pues, donde aparece por primera vez el monoteísmo de los judíos y donde la no existencia de otros dioses, fuera de Jehova, se erige en artículo de fe; mas la importancia de la idea de Dios de este profeta consiste, como hemos indicado en otro capítulo, en que parte de bases religiosas y da á la fe religiosa una seguridad nueva. El Dios que ha creado el cielo y la tierra, que no tiene ni compañero ni rival, puede también derribar el poderoso imperio de Babilonia; puede librar á su pueblo de sus

(1) En la tierra, no en el mundo subterráneo de dioses paganos.

(2) Algunos autores han querido ver, en estas y otras expresiones análogas, alusiones contra la religion persa, particularmente contra su principio dualista, así como contra la creencia de la participacion de genios en la creacion del mundo (véase el periódico de la Sociedad Oriental alemana, tomo XXX, págs. 709 y siguientes); pero tal suposicion es bastante aventurada. El profeta se dirige en su polémica á los israelitas y paganos, y de ninguna manera á los persas; ni es probable que los israelitas de entonces tuviesen el conocimiento suficiente de la religion persa para autorizar semejantes alusiones. En el caso de haber querido el profeta atacar á religiones determinadas, habria dirigido sus ataques ante todo contra la religion babilónica, á la cual solo alude de paso en los cap. 40, 26, 45, 12, 46, 1. Respecto de las ideas persas, no era de esperar ningun ataque, como se confirmará mas adelante. La idea del Dios único de Deutero-Isaías se explica mucho mas sencillamente por el desarrollo natural de la religion israelita, que por una polémica con la religion persa.

enemigos y restituirlo á su país. ¿Quién podría, pues, tener motivo para dudar del cumplimiento de sus promesas?

Deutero-Isaías no presenta su doctrina del Jehova Dios único, creador y conservador del mundo, como una teoría nueva é instructiva, sino como argumento á favor de su anuncio de la liberación de Israel. Emplea su doctrina para inspirar valor á los desanimados y convencerles de que Jehova puede ayudar á su pueblo, y para desvanecer toda objeción fundada en el saber del profeta. En efecto, los apocados que califican sus profecías de imposibles y de cosas que él ignora, dicen en su incredulidad: «¿Quién midió las aguas con su puño y los cielos con su palma? ¿Quién con tres dedos allegó el polvo de la tierra, y pesó los montes con su balanza, y con peso los collados? ¿Quién enseñó al Espíritu de Jehova, ó le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió parecer para ser aconsejado? ¿Quién le mostró el camino del juicio, ó le enseñó ciencia, ó le indicó la senda de la prudencia?» (Capítulo 40, 12-14) (1). Pero á estos contesta Deutero-Isaías: «Hé aquí que las naciones (son) reputadas como la gota de un acetre, y como el orin de la pesa; hé aquí que hace desaparecer las islas como polvo. Ni todo el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio. Como nada (son) todas las gentes delante de él; y en su comparación son tenidas por vanas y nulas. ¿A qué, pues, hicisteis semejante á Dios, ó á qué imagen le comparareis?» (Capítulo 40, versículos 15-18.)

Jehova tiene por trono el cielo y los hombres en la tierra le parecen un enjambre de langostas; él extiende los cielos como una cortina, como una tienda para morar (cap. 40, 21). «Levantad al alto vuestros ojos,» dice este profeta á sus contrarios en el cap. 40, 26, «y mirad: ¿quién creó estas cosas? El que cuenta la milicia de los cielos y á todos llama por sus nombres.» Este ejército son las estrellas, que en opinión de los paganos son los dioses protectores del imperio babilónico, que tiene á los judíos esclavos.

También refuta Deutero-Isaías con la nueva idea de Dios el escepticismo de aquellos que ya no creen en salvación alguna porque han esperado en vano la ayuda de Jehova, y les dice (cap. 40, 27-31): «¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, Israel: Mi camino está escondido de Jehova y de mi Dios pasó mi juicio? ¿No has sabido, no has oído que el Dios del siglo es Jehova, el cual creó los términos de la tierra? Dios no se cansa, ni se fatiga, y nadie es capaz de sondear su sabiduría. El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas del que no tiene ningunas. Los mancebos se fatigan y se cansan; los mozos flaquean y caen. Mas los que esperan en Jehova tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán.»

Por lo mismo no se cansa este profeta de hacer resaltar que Jehova es el Dios único; amonestación que al lado de su excitación al valor y á la fe, se extiende por todo su libro: «No temas, Israel» «Yo el primero, y yo el postrero, y fuera de mí no hay Dios. ¿Y quién es semejante á mí? Que hable y se anuncie y me exponga el orden en que constituí el pueblo antiguo y anuncie lo que está por venir. No temáis, no os amedrentéis: ¿no te hice oír desde entonces, y te dije antes (lo que debía suceder)? Luego vosotros (sois) testigos de que no hay Dios sino yo, y que no (hay) fuerte que yo no conozca.» (Cap. 44, 6-8.) O bien: «Preguntadme las cosas por venir; interrogadme acerca de mis hijos y acerca de la obra de mis manos. Yo hice la tierra y crié en ella al hombre. Mis manos extendieron los cielos, y á todo su ejército mando. Yo le desperté (á Ciro) en justicia y le enderezaré por todos sus caminos; él edificará mi ciudad y rescatará mis cautivos, no

(1) Este pasaje del texto está muy desfigurado en la Masora.

por precio, ni por dones, dice Jehova de los ejércitos.» (Capítulo 45, 11-13.)

No se trata aquí de un problema cosmológico, sino de una cuestion religiosa: el robustecimiento de la fe en el Dios salvador; y esto ha hecho que no se haya vuelto á perder este concepto de Dios, antes bien ha venido á ser el eje de la fe, cuyos efectos han resultado mucho mas grandes y trascendentales que la idea del creador del mundo que hemos encontrado en el Génesis, 2, 3. Según este pasaje se sabía ya un siglo antes en Israel que Jehova había creado el mundo; pero esta historia no llegó á adquirir por lo pronto trascendencia para la religion, conforme hemos visto; fué solo una aplicación á Jehova, el dios nacional, de los resultados de la especulación pagana respecto de la creación del mundo; era un conocimiento nuevo de la humana inteligencia, sin importancia ninguna para la fe religiosa, pues que no influyó para nada en las relaciones entre Israel y su Dios Jehova. Por lo mismo no salió del círculo de la ciencia sacerdotal, y no aumentó en nada el caudal religioso de la nación. Pero el efecto y la trascendencia de la idea de Dios proclamada por Deutero-Isaías fueron inmensos. La idea de Dios expuesta por este profeta robusteció el amor al Dios salvador, como efecto de la recta inteligencia de la historia de Israel, historia que solo bajo este concepto podrá entenderse, y que solo así comprendida podía fortificar en el pueblo su creencia en Jehova: «Oídme, oh casa de Jacob, y todo el resto de la casa de Israel; yo os he traído desde el vientre, yo os he llevado desde la matriz. Y hasta (vuestra) vejez yo mismo, y hasta las canas, (os) soportaré yo. Yo (os) hice, yo (os) llevaré, yo (os) soportaré y os salvaré (de todo mal).» Cap. 46, 3, 4.

El Jehova proclamado por Deutero-Isaías, «cuyos caminos y pensamientos están tanto por encima de los de Israel como el cielo está por encima de la tierra,» no era ya el Dios que temía que el hombre llegara á ser tanto como Dios, y que le prohibía por esto comer los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal y del árbol de la vida, ni que sembraba la confusión de lenguas entre los hombres para que no emprendieran cosas mas grandes que la construcción de la torre de Babel, sino que muy al contrario es el padre amante y solícito del pueblo de Israel, á quien ha creado y elegido. La manifestación de su magnificencia no espanta sino que salva á su pueblo; el Dios iracundo que expulsó á Israel de su país se ha transformado en el Dios salvador que con solitud paternal y con la omnipotencia divina cuida de su pueblo. Esta idea de Dios, nacida de la fe, es á su vez la columna de la fe, y por esto ha producido efectos tan diferentes y mas trascendentales que los del concepto de Dios en la leyenda de la creación del mundo.

El concepto de Jehova, creador todopoderoso y omnisciente de todas las cosas, encuentra su complemento ineludible en la convicción de que la elección y dirección del pueblo de Israel ha tenido por objeto preparar al mundo entero un bien general y no conocido hasta entonces: el conocimiento y la veneración de Jehova. Con Jehova, el Dios único, el Dios del universo, el pueblo de Israel llega á ser el eje y centro moral del mundo y de la humanidad; y esto admitido, se comprende de una vez todo el curso hasta entonces enigmático de la historia de Israel; pues si el Dios de Israel es el Dios único del mundo, necesariamente la historia del pueblo de Israel es la historia moral y espiritual de toda la humanidad. Israel viene á ser el profeta de Jehova y la historia de este pueblo es una predicación de Jehova, todo lo cual comprende Deutero-Isaías en el título honorífico de «siervo de Jehova». Verdad es que este nombre ya corresponde á Israel por haberle llamado Jehova para un servicio especial, y por haberlo creado y preparado para servir de instrumento